

Lugar

Viro. Oigo apagarse el radio. Cerrarse la ventana en altos que da al jardín de las lilas blancas, abril, en flor. Una mano (izquierda) coloca boca abajo un libro. Entro. Un bosque de helechos arborescentes, olor acre, una ninfa lavándose la entrepierna en un charco verdinegro, su reflejo incluye por detrás a un centauro viejo acariciándole las nalgas. Poco que auscultar. No sé a ciencia cierta cuál gime. Solo oigo silencio, señal de ser mediodía o las tres de la tarde (insectos) de un día (agosto) estival. Todo en mí se desplaza. No estoy en Cuba, la prueba está en la presencia del helecho arborescente, y las dos ardillas que surgieron de un claro del bosque o de un charco, una gris, otra bermeja, nada de eso hay en Cuba, no son jutías: ni el ave que se posa en una copa es la marbella. Tojosa. La paloma buchona. Ni la bijirita. ¿Qué almorcé ayer? En la jaba traigo una botella de vino Sauterne (verificar si

termina en s) (Google aclara que hay Sauternes y Sauterne, se ve que hay dulce para todos) un bocadillo de tortilla de papas ajo cebolla, un tomate por cierto nada que ver con los que traía el viandero de Santos Suárez hacia 1956: las caseras regateaban de lo lindo, lindas, yo las miraba desde la terraza en altos, y eran bosques arborescentes los deseos. Todo se cumplió. Ayer almorcé pastel de espinacas, saké, fruta bomba, y hablamos tan callando de la situación económica y tener que reducir los gastos. ¿Más? ¿De dónde? Me viro. Salgo. Le doy un beso en la nuca. Cencerros. Tiorbas. Birimbaos, ah el lujo de las palabras. Por detrás la abrazo, reímos mientras la voy sobando, ni euforia ni dejadez, solo esta risa de consuno allanando, y el libro boca arriba, la noticia del día oída a medias, a medias la penetración. —